



## AUGUSTO D'HALMAR

El "Almirante" D'Halmar es una figura tan conocida, tan a pocos pasos, que casi resulta imposible decir de ella cosa nueva. Pero es indispensable decir algo, que brotando de la retina y el corazón, siempre parecerá cuasi inédito.

Yo sabía de D'Halmar la leyenda que de él quedó en Eten, en donde fue Cónsul de Chile y escribió "Gaitita", esa preciosa historia escapada a Pierre Loti. Los viejos pescadores etanos, que tienen una curiosa forma de hablar, convirtiendo la "o" en "e", recordaban al "gringo chileno" que se paseaba por la playa al atardecer, muy alto, muy erguido, muy buen mozo y muy ensimismado. Hablaban de que no hacía otra cosa que leer y comer. Les preguntaba el secreto de los platos criollos. Tenía voz de barítono. Cuando se decía misa cantada, parecía que a veces sonara en el templo el melodioso y abaritonado acento del "extranjero". Le servía una criada indígena. Le gustaba conversar con los chiquillos. Su deleite mayor era ver acojarse al Sol.

Después llegó la leyenda del trotamundos. Libros con títulos de elegía. Retratos literarios de raros efebos, fieles y ardientes como los de "Las Mil y Una Noches". Tuve en mis manos "La Sombra del Humo en el Espejo", "Nirvana", "Pasión y Muerte del Cura Deute", "La Lámpara en el Molino"... Daban ganas de escribir libros para justificar tales títulos. Al cabo de casi treinta años, D'Halmar regresó a Chile, coronada de nieve su altísima cima; una nieve temblorosa como trigo encanecido. Conservaba la voz de barítono, la postura imperial, la mirada indagadora, el perfil de medallón. Escritores, artistas, estudiantes, rindieron al recién venido numerosos homenajes. Él gustaba de agradecerlos en largos discursos de variadas inflexiones oratorias, muy teatral el gesto. Predicaba más que decía. No me gustó cuando le oí.

oooooooo

La vida nos puso a trabajar juntos por varios meses. Él estaba corrigiendo las primeras ediciones de sus libros para la de "Obras Completas", que le había contratado Ercilla. Al par debía concluir otros libros. Así iban saliendo "La Mancha de Don Quijote", "Capitanes sin Barco", "La Revolución Española y Yo". Tendíamos escritorios vecinos. Cambiábamos intermitentes diálogos. Él llegaba muy entrada la mañana, cuando yo había terminado parte de mi labor. Indefectiblemente, al colgar el abrigo o la capa color guinda, empezaba a contarme la comilona de la noche anterior. "He comido anoche unos caponitos... Qué maravilla... Los sirvieron con una salsa de mantequilla, perejil y..."; a las cuatro horas de haber tomado el desayuno se me empezaba a hacer la boca agua. Seguía la enumeración de los vinos. Yo no sé cómo se las ingenia para descubrir las buenas bodegas privadas. Al principio creí que eran alarjes de culinaria imaginación; pero una

noche nos invitó a comer Washington Espejo, tan buen romancista como cocinero, y nos preparó el mismo inolvidable caldillo de congrio, según su propio estilo. D'Halmar devoró como un romano de la Decadencia. No perdonó plato ni copa. Sin embargo de lo cual, después, improvisaría una brillante charla sobre su vida en Francia. Al día siguiente llegó muy campante a hilar sus delicados párrafos; me saludó con un alegre: "¡Qué caldillo el de anoche, qué caldillo!". Y luego enhebró unos poemáticos recuerdos sobre el inefable Milosz.

oooooooo

Mucho se ha hablado de la alegría de vivir que caracterizaba a Augusto Thomson d'Halmar, nieto de vikingos, fundador de la colonia toltoquina, desbromador de la novela ciudadana chilena con su "Juana Lucero" (1902). Se han mezclado a su historia fragmentos de leyenda. Se le reconocen caracteres singulares en su porte y conducta. Para mí, D'Halmar, tan actor, encerraba una profunda melancolía. Nunca se hizo al estatismo. Jamás se resignó a la vejez. Traspuerto el cabo de los cincuenta, empezó a morir de a poco. Quiso remontarse, haciéndose revolucionario verbal. El sibarita peinaba cabellos de monárquica canicie y engolaba la voz con parlamentario acento de redivivo Castelar. Pero el torcedor hacía por dentro su trabajo. Caminaba a menudo solo por los portales de la Plaza de Armas santiaguina y en Valparaíso se perdía entre las callejuelas portuarias, flameando como una bandera su larga capa bohemia, con agarraderas de plata, ciñendola al pecho. Había en su estilo mucho de la delicadeza miniaturista de Gabriel Miró; en su lentitud narrativa, mucho de la parsimonia de Azorín; en su hambre de lejanías, mucho del exotismo de Pierre Loti, a quien rindiera avaro culto; en su sed de extravagancia, mucho del misogenismo de Oscar Wilde y de la inasistible de Farrère y Baudelaire. Y algo de Milosz. Y algo de Rilke. Y mucho, muchísimo más que todo, de D'Halmar. Porque este hombre de oratoria campanuda y conversación en Yo mayor, como si desconfiara de su supervivencia, era un estilista contumaz; si erraba, no fue jamás por falta de atención, sino porque equivocó de lleno el camino.

oooooooo

D'Halmar abrió las puertas de la literatura marina y exótica. Con qué entusiasmo hablaban del "Almirante" ese brillante puñado de escritores que son Juan María, Salvador Reyes, Luis Enrique Delano y el fuerte y sobrio Hernán del Solar. Ningún escritor chileno tuvo séquito más fiel y calificado. Dígame lo que se quiera de D'Halmar, el solo hecho de haber inspirado la vocación y el fervor de esos cuatro corona una obra literaria. El Premio Nacional de Literatura fue una confirmación tardía, y nada más.

oooooooo



La última vez que estuve con D'Halmar fue en mayo de 1949, ocho meses antes de su muerte. Le ofrecíamos una comida a don Federico de Oñis, de paso por Chile. Mis vecinos de mesa fueron Manuel Maples Arce y Augusto d'Halmar. Este habló poco, contra su costumbre. De pronto le oí regañar ásperamente a un camarero. Se trataba de la marca del vino. Él no admitía beber lo que no fuera de su entero gusto, y como el mozo le hiciera algún reparo, se violentó y empezó a hacerse vociferante. Felizmente no trascendió el asunto. Pero me quedó la penosa impresión de que algo andaba mal en aquel organismo, ahora exacerbado.

Lo advertí, sin embargo, menos imbuído de sí mismo, menos yoiista, menos Narciso, más dispuesto a escuchar. Al menos, los ojos profundos, desde su rostro rosáceo, escuchaban sedientamente toda novedad. Seguía fumando su pipa de marino. La capa colgaba de sus hombros. La suave y blanca cabellera se pliegaba como en trigales al menor soplo del viento. Yo debía partir dos días después a Centroamérica. Él no tardaría en zarpas hacia la Muerte.

oooooooo

Andaba cerca de los setenta cuando ocurrió su deceso. Dos libros zarpaban de sus gavetas: "Cristian y Yo" es uno de ellos. No innovaba en su modo de concebir y escribir. D'Halmar, que empezó como naturalista, se afinó con la poesía, se volatilizó con los viajes a Oriente y trató de hallarse en la palabra, como instrumento y fin de su arte. Comenzó a servirse sólo de ellas, con perla heroica; y terminó sirviéndolas con inevitable obsecuencia. El paradojista del comienzo se convirtió en un retruécano constante. Así producía una literatura musical y vagarosa, de sueño y evasión, de sutileza y melodía, que, al cabo, hoy, adquiere su verdadera dimensión, y como la sombra con el ser, se confunde con la personalidad física y psíquica de su creador. D'Halmar fue tal cual su obra. Nada hay en ésta de postiso, o todo lo fue en aquél.

Cuando transito de noche por los alrededores de la Plaza de Armas me parece a veces ver la silueta romántica del "Almirante" parada en una esquina, mirando pasar las cosas. Las cosas y los seres. Pero no se escucha ya su canto...

Luis-Alberto Sánchez.

**AUTORÍA**

Sánchez, Luis Alberto, 1900-1994

**FECHA DE PUBLICACIÓN**

1951

**FORMATO**

Artículo

**DATOS DE PUBLICACIÓN**

Augusto D'Halmar [artículo] Luis Alberto Sánchez. retr.

**FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile